

## META - ECONOMIA.\*

LEOPOLD KOHR \*\*

**O**CCURRE con frecuencia que la disertación más fascinante de las presentadas en los congresos de intelectuales, es la alocución del presidente. ¿Será acaso porque éste es casi invariablemente un miembro sobresaliente de su profesión? Dicha circunstancia podría dar razón de la excelencia del trabajo, pero no de su superioridad sobre los demás. ¿Será porque su cargo representa la culminación de las ambiciones profesionales? Escasamente, a menos que se trate de la profesión política, en cuyo caso lo es en verdad. Según manifestó el profesor John H. Williams en una reunión de la Asociación Económica Americana en 1951, la razón sería que: "una de las ventajas de la disertación presidencial es que uno puede presentarse... con un tema escogido por uno mismo".<sup>1</sup>

Pero, ¿por qué es esto tan ventajoso?

La mayoría de los demás temas, ya se traten en conferencias o se estudien en los establecimientos de enseñanza, hoy en día son asignados o fijados de común acuerdo con el fin de que se acomoden al molde de un programa más amplio. Si bien este proceder evita las superposiciones, en cambio priva al estudioso de la riqueza de su tema. Atrapado en el filo agudo pero estrecho de su especialidad, aquél sólo en raras ocasiones puede abandonar los límites de ésta. Una oportunidad tal es su elección como presidente de una asociación profesional, que lo libera momentáneamente de las garras del plan que rige las actividades de los demás. Esta es la ocasión tan aguardada para declararse sobre temas propios. Y como éstos le resultan muy íntimos, nada más.

\* Traducción del inglés por Georges Delacre.

\*\* Catedrático asociado de economía del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Fue secretario personal del profesor George M. Wrong, famoso historiador del Canadá. En los Estados Unidos estuvo a cargo de un estudio comparativo sobre diversos sistemas de aduana en la Fundación Carnegie Para la Paz Internacional. Es coautor de *The Custom Union Issue* (1950) y *Economics and the Public Interest* (1955), y es autor de *Customs Unions: A Tool for Peace* (1949). Su última obra, *The Breakdown of Nations*, es un estudio del significado del estado pequeño. Será publicada próximamente por la editorial Rinehart, en Nueva York y la Routledge and Kegan Paul, en Londres.

<sup>1</sup> *The American Economic Review*, Vol. XLII, Núm. 1, marzo, 1952, pág. 1.

natural que los desarrolle con mayor suficiencia que si le hubieran sido asignados por imposición.

Sin embargo, hemos visto sólo una razón que explique la frecuente superioridad de las alocuciones presidenciales. La razón principal parece ser que quienquiera disponga momentáneamente de la libertad de tema, casi siempre usará de su libertad para escoger más bien un punto de vista particular que un asunto de su predilección. Extenuado por tener la atención continuamente fijada sobre un campo demasiado estrecho, intentará por esta vez al menos restaurarle la riqueza de que la especialización le ha despojado. Lo cual es siempre fascinante, particularmente porque suele hacerse con un cierto sentimiento de culpabilidad al enfrentarse con la tendencia contraria de la época. De ahí el título tan agustiniano que el profesor Williams eligiera para su propia disertación presidencial: "Las confesiones de un economista".

Pero no queda todo dicho. La constancia con que abandonan la perspectiva del especialista los que se liberan de las ataduras de una asignación prefijada, constituye algo más que un realce pasajero de los temas ya trillados. Efectivamente, señala el consenso en lo que respecta a la dificultad con que se confronta una ciencia moderna como la economía: la pérdida de dimensión, el menoscabo que ha sufrido una disciplina originalmente bien definida en razón de los mismos factores con los que se esperaba perfeccionarla, es decir, su crecimiento y su especialización. Si por una parte este proceso ha extendido grandemente nuestro horizonte colectivo, por otra ha ofuscado nuestra visión individual. Pues a medida que la disciplina se dilata, las zonas que solicitan atención no sólo alargan la distancia entre el centro y la periferia, sino que, como los suburbios de una moderna ciudad, a veces se aíslan. Con todo, sería exagerado afirmar que el único resultado de todo esto es una serie de disertaciones brillantes y nostálgicas. Se han hecho repetidos esfuerzos para integrar lo que la vida moderna ha eficientemente desmembrado en especialidades y subespecialidades. En economía han conducido a nuevos puntos de vista. La atención se desvió de lo especial a lo general, de la partícula al aglomerado, del estudio del individuo al estudio de la conducta colectiva. Pero no podía decirse que cualquiera de los nuevos enfoques condujera, en última instancia, a una mayor inteligencia, o a una integración del tema. ¡Sucedió lo contrario! A las ya existentes se añadieron nuevas especialidades, y se descubrió que había tantos conjuntos que requerían atención especial como partes.

El único logro resultante de estos esfuerzos fue la formación de nuevos instrumentos. Los conjuntos podían entenderse más fácilmente con estadísticas. La *economía política*, dependiente del razonamiento deductivo, quedó por consiguiente relegada y favorecióse la *economía*

*estadística*, que disponía del control cuantitativo. Pero su hijo predilecto fue la *economía matemática*, con su amor surrealista por los símbolos y diagramas. La ciencia sufrió una sutil transformación, que comenzó cautelosamente en las notas al pie de la página, pero concluyó por suplantar el texto mismo. Habiendo aparecido en la época en que un mayor desarrollo dábese por imposible, la economía matemática fue saludada como un gran progreso. Sin embargo, con los hechos a la vista puede decirse que sustancialmente hizo más para confundir la disciplina que para esclarecerla. Expresaba en una difícil jerga lo que los teóricos de otro tiempo habían formulado en elegante prosa.<sup>2</sup> No puede afirmarse que haya surgido un solo concepto nuevo como resultado del enfoque matemático; ni el multiplicador, ni la propensión a consumir, ni la teoría cuantitativa del dinero. Todos ellos nacieron del dominio de la especulación filosófica, a la cual los economistas matemáticos tan sólo proveyeron de pruebas o ejemplos ilustrativos. La chispa inventiva provino de los teóricos, soñadores, o, según los llamó Keynes, escritores académicos de pacotilla.

Pero ahora hasta el enfoque matemático parece haber agotado sus posibilidades. Ha traducido todos los conceptos de economía política a un lenguaje que deja bien claras las complejidades de la materia para los matemáticos, pero no para los economistas. En consecuencia, se ha hecho necesaria una nueva perspectiva. Lo que han confundido los matemáticos debe volver a traducirse a términos nuevamente comprensibles para todos.

En el siglo diecinueve esto se hubiese hecho mediante la prosa. En nuestra época, más primitiva, se recurre a las ilustraciones. De ahí que la última transformación de que parece ser capaz la ciencia en cuestión sea la *economía esquemática* o gráfica, o, como podría llamarse irrespetuosamente, *economía caricaturesca*. El giro editorial más reciente indica que ya se ha llegado a esta etapa final. Existen ya películas que ilustran visualmente las consecuencias de acciones económicas. Han aparecido libros de texto inspirados, y tal vez preparados, por dibu-

<sup>2</sup> La economía no es la única ciencia que ha sufrido el imperialismo de los matemáticos. No contentos con su propio campo, parecen estar constantemente al acecho de nuevos territorios que invadir y nuevas disciplinas que subyugar. Cuando hace más de un siglo comenzaron su afortunada incursión en la física, nada menos que Michael Faraday formuló una queja parecida en una carta dirigida a James Maxwell: "Quisiera preguntarle una cosa. Cuando un matemático empeñado en la investigación de acciones y resultados físicos ha llegado a sus conclusiones, ¿acaso éstas no pueden ser formuladas en el lenguaje corriente tan completa, clara y precisamente como mediante fórmulas matemáticas? Si así fuera, ¿no sería tal uso de gran provecho para personas como yo? ¡Traducirlas de sus jeroglíficos, para que nosotros también podamos trabajar con ellas en la experimentación!" (De una carta de 1857, citada por Sir Lawrence Bragg en *Nature*, 169, 684, año 1952). No hace falta agregar que aquí no se pone en duda el valor y la gloria de la matemática como disciplina por derecho propio y en su campo. No recusamos la matemática, sino la economía matemática.

jantes. Es más, han sido puestas en venta máquinas que muestran el curso de los ingresos nacionales mediante tubos de vidrio llenos de líquidos de color. Así como los economistas de la pasada generación debían ser cumplidos escritores, y los de la presente generación matemáticos, los futuros economistas deberán demostrar su habilidad en la esquematización y el dibujo animado. Pero en lo que respecta a una comprensión *más íntima* de la materia o la presentación de *nuevos* aspectos, la economía gráfica apenas contribuirá más que la economía matemática. Pues es inherente a la esencia del instrumento su eficacia para trabajar con una cosa, pero no para añadirle algo.

La economía gráfica tampoco resolverá el problema básico de la disciplina, que no es ilustrar sino integrar. Pero, ¿cómo se podrá hacer esto? La dificultad reside en que, cuando un campo científico se ha extendido demasiado, su tendencia natural lo lleva a difundirse y esparcirse, creando de este modo simultáneamente una exigencia de integración y las condiciones que la imposibilitan. Pues todo lo que se extiende más allá de cierto límite se disgrega, y lo que se disgrega puede tal vez volver a juntarse en una unidad artificial pero, no refundirse en un todo orgánico. Esto significa que cuando la integración llega a ser *técnicamente* necesaria como consecuencia de un desarrollo en gran escala, ya es *orgánicamente* imposible. Por tal motivo algunos economistas han llegado a la posición de suponer que pueden recuperar cierta medida de comprensión desandando camino ya hecho en vez de seguir avanzando con las investigaciones. De ahí su renovado interés en los conceptos básicos de la economía más que en los conceptos avanzados, y sus intentos de estudiarlos más bien a un nivel superior que elemental. Son los mismos principios que movieron a los físicos a tratar de entender el universo mediante el conocimiento del átomo. Se proponen desentrañar las leyes de lo muy grande estudiando las que rigen lo muy pequeño, y no a la inversa.

Aunque la vuelta al estudio de los conceptos básicos de la economía pueda mejorar la comprensión de sus consecuencias lejanas, el nuevo enfoque tiene un defecto esencial: no retrocede lo suficiente. Pues un concepto puede ser básico en economía, y a la vez no serlo dentro de la estructura general de la que la propia economía no es sino una consecuencia. No ha de olvidarse que la etapa más fecunda de la disciplina fue la de su origen, cuando comenzó a surgir como especulación filosófica más que como estudio económico. Sus principios fundamentales fueron descubiertos y formulados en aquella época. Y sus expositores más insignes desde entonces no han sido técnicos o especialistas, sino filósofos y pensadores que se introdujeron al campo de la economía a menudo como aficionados y diletantes, nunca en calidad de peritos. Adam Smith fue profesor de filosofía moral antes de ser

economista, Thomas Malthus predicador del Evangelio, John Stuart Mill filólogo de lenguas clásicas, Karl Marx filósofo e historiador.

Pero, ¿por qué estos iniciadores de los estudios económicos han sido más hábiles para explicar sus misterios que sus especializados sucesores amantados en la disciplina? La razón parece sencilla. Aquellos eran hombres que no se limitaban a examinar una o dos facetas de un problema, sino todas ellas. Eran capaces de explicar problemas *económicos* porque su preparación les permitía explicar *toda* suerte de problemas. En su búsqueda de soluciones podían por lo tanto ir siempre más allá de la economía, y retroceder a regiones en las cuales las leyes de la naturaleza fueran más fácilmente observables por su mayor proximidad a las fuentes primigenias. Siempre que la ocasión lo justificara, podían auxiliarse de diversas ciencias sin dificultad, tratárase de la biología, la física, o la disciplina que fundamenta a todas las demás, la filosofía. Vale decir que eran grandes economistas porque eran grandes filósofos. Por analogía con el término ya célebre que adoptaron los editores de las obras aristotélicas, bien podrían llamarse *meta-economistas*. Al llegar a los límites de la física, Aristóteles se vio igualmente obligado a dilucidar sus enigmas indagando por las causas en un campo allende la física, el de la *meta-física*. Como todos los filósofos, intentó hallar la finalidad y el término de las cosas en sus orígenes, dando por supuesto que el principio determina todos los fines (advierta el lector que no deberá confundir este alegato en favor de la meta-economía con la defensa de una economía metafísica).

Conforme con lo dicho, parece ser la primera etapa de la economía, y no la última, la que nos da la pauta del rumbo que ha de seguir la disciplina para que no se pierda en el dilatado y abismal territorio de la especialización moderna. Habiendo recorrido la escala economía política-estadística-matemática-esquemática, debe retornar a la disciplina que le dio origen. Debe convertirse en economía filosófica, o sea, de acuerdo con la expresión aristotélica, meta-economía. Este no es un giro tan revolucionario como podría parecer. Por el contrario, aunque desganadamente y disculpándose, hay quienes manifiestan ya una tendencia en esta dirección en dos formas por lo menos. Una de ellas, según se ha señalado al comienzo de este ensayo, es la representada por las disertaciones tentativas de los presidentes de asociaciones de ciencias económicas. La otra consiste en el uso creciente de *analogías* derivadas de ciencias situadas *más allá* de la economía en lugar de fórmulas matemáticas para la presentación de las teorías económicas. Esto último equivaldría a constituir una meta-economía si no fuera por la timidez con que los autores invalidan sus propias analogías. En vez de sustentarlas valerosamente, con frecuencia las despojan de su sentido insistiendo que no son más que imágenes sin conexiones funda-

mentales con sus proposiciones. Temerosos de defender una teoría defendiendo las analogías, prefieren menoscabar sus comparaciones más bien que afirmar el único argumento que justifica, por principio, el uso de las analogías.<sup>3</sup> El razonamiento en cuestión es que, si una analogía tiene sentido, debe tener relación con el asunto, y si está relacionada con éste, es más que una mera analogía, ya que ésta se define como una similitud funcional. Trátase entonces de una *homología*, o sea, según se define el término en biología, una semejanza de la estructura fundamental y del desarrollo. Debe ser una manifestación diferente del mismo principio que ella dilucida. Si así fuera, se infiere que todos los principios económicos pueden ser válidamente sostenidos o discutidos en sus aplicaciones físicas, químicas o biológicas, tanto como en las económicas.

Una vez reconocido esto, resulta posible hacer uso de los conocimientos obtenidos en los campos ajenos al económico más efectiva y autorizadamente de lo que solía hacerse. Una sola cuestión queda pendiente: este nuevo enfoque, que determina los principios económicos valiéndose de sus manifestaciones meta-económicas, ¿los hará más inteligibles? ¿Esclarecerá los aparentemente nuevos problemas de nuestro tiempo? Sí, pues proporcionaría la única forma de integración necesaria actualmente, vale decir, la integración de la economía, no consigo misma, sino con su trasfondo filosófico.

Además, la perspectiva meta-económica, a diferencia de la matemática, simplificaría las cosas en lugar de dificultarlas. Veamos algunos ejemplos. A un estudiante puede resultarle difícil comprender la ley de Gresham, según la cual el dinero barato desplaza al dinero caro si ambos circulan juntos sin restricciones. Pero entenderá al punto su funcionamiento cuando se le diga que no sería otra cosa que la manifestación económica de la misma ley física de gravitación que observamos en la tierra. Ambas explican el mismo principio: la atracción que las sustancias más bajas y densas invariablemente ejercen sobre las sustancias más elevadas y tenues. Y comprenderá mejor aún si considera que ello se aplica quizá también a la educación, en la que los niveles bajos parecen desalojar a los niveles elevados, o al lenguaje, en el que los malos acentos sustituirían a los buenos acentos. Si bien *bajo* en el sentido físico no significa necesariamente *bajo* en el sentido espiritual, descubriríase el principio fundamental de que dadas ciertas condiciones uno de los sentidos se funde con el otro, y la cantidad se convierte en calidad.

---

<sup>3</sup> Véase por ejemplo el debate entre Armen A. Alchian—"Uncertainty, Evolution and Economic Theory", *Journal of Political Economy*, Vol. LVII, junio, 1950, págs. 211-213, y Edith T. Penrose—"Biological Analogies in the Theory of the Firm", *American Economic Review*, Vol. XVII, dic. 1952, págs. 804-19.

Del mismo modo, la teoría cuantitativa del dinero puede llegar a ser mucho más reveladora, tanto para los economistas como para los sociólogos, si se reconoce que su principio también parece aplicarse a los problemas demográficos. La teoría cuantitativa relaciona los cambios de nivel de los precios, no sólo con las variantes en el abastecimiento, sino también con los cambios de velocidad del dinero en circulación. Pero el exceso de población, lo mismo que la inflación, puede resultar de un incremento no sólo de cantidad sino también del factor velocidad. A la baja velocidad de una perezosa tarde de domingo, ni siquiera la ciudad de Nueva York está superpoblada, mientras que a la elevada velocidad del período de más tránsito de un día laborable hasta la ciudad más soñadora se encuentra asediada por el problema de la superpoblación. Con todo, quizá ni una sola persona se ha agregado a su masa.

Muchos otros conceptos, la mayoría, adquirirían un significado diferente cuando se examinen a la luz de las variadas formas que pueden adoptar. Haciendo esto, no sólo amplían nuestra comprensión sino, lo que es más importante, quizá contribuyan a la solución de cantidad de problemas contemporáneos. Un concepto como el de *equilibrio*, por ejemplo, ha sido casi inutilizado por la suspicacia de los modernos estudiosos de las ciencias sociales. Pero examínese comparándolo con el principio de la armonía en música, o con el principio físico del mismo nombre, del cual parece no ser más que una variante, y se verá que podría ser restaurado como un poderoso instrumento para el análisis científico. Ante todo se advertiría que no hay una, sino dos clases fundamentales de equilibrio. Reconociendo que cada una de ellas es aplicable a un universo distinto, pronto sería evidente que la dificultad en manejarlas reside principalmente en nuestra incapacidad para distinguir las. En segundo lugar, veríase claramente que el problema no consiste en la oposición del equilibrio a la unidad (como suele creerse a menudo hoy en día), ni al control o al crecimiento. Se trata de un buen equilibrio frente a un mal equilibrio. Y si el problema parece no tener solución, es tan sólo porque tantos de nuestros estudiosos de las ciencias sociales creen que un principio de aplicación universal es para la economía o la política cuanto mucho una pobre analogía.

Asimismo, la ley de la productividad decreciente podría ser mejor aprovechada si se la confrontara con sus variadas expresiones meta-económicas. Todo el mundo comprende su relación con el principio maltusiano de la población, según el cual una humanidad continuamente creciente debe por fin ganarle la delantera a su propia capacidad de abastecerse de alimentos. Pero recién ahora se va reconociendo que ambos son variantes de una ley más fundamental, a la vez física y

biológica, la ley del crecimiento y la forma.<sup>4</sup> Cuando en general se admita que el crecimiento continuo, dondequiera que ocurra, llega a ser perjudicial desde el momento que la cosa ha alcanzado su forma propia, el fin de muchas actividades económicas aparecerá bajo un aspecto enteramente nuevo. Ante todo será evidente que una de las cuestiones principales de nuestro tiempo no consiste en cómo *crecer* dentro de una economía en expansión, sino que se trata de cómo *dejar de crecer*— y más bien dividir y multiplicar. Pues muchas unidades de la estructura social, tanto en el campo económico (grandes empresas) como en el campo político (grandes potencias), parecen haber comenzado desde tiempo atrás a adquirir un tamaño desproporcionado en relación con su objeto y su forma.

Estos pocos ejemplos son suficientes para indicar la índole y el valor de un punto de vista meta-económico. Integraría la economía *filosóficamente* y le restituiría por lo menos parte de la enjundia que poseía en sus orígenes. Además, estaría de acuerdo con el deseo encubierto de muchos economistas y representantes de otras ciencias. Una de las contribuciones más profundas en el campo de la biología que haya aparecido en años recientes es un estudio *meta*-biológico de un físico, Erwin Schroedinger,<sup>5</sup> ganador del premio Nobel. De un modo más general, el decano de un colegio de Ingeniería, Elmer C. Easton, de la Universidad de Rutgers, sugirió un enfoque semejante. Considerando la debilidad fundamental de la educación moderna (en la conferencia general universitaria de educación celebrada en Rutgers en 1953) instó a que se exigiera a todos los profesores "discutir con los estudiantes las correlaciones entre los principios básicos de su asignatura y los de otras disciplinas". Y resumiendo sucintamente los méritos de tal proceder, continuó diciendo: "En algunos casos estas correlaciones son bastantes evidentes. Por ejemplo, las semejanzas entre los principios de la conducción del calor, de la electricidad y de los líquidos son bien conocidas del ingeniero. Es fácil, pues, exigir que se indiquen con el fin de integrar los cursos sobre los correspondientes temas. Por

<sup>4</sup> Véase D'Arcy Wentworth Thompson, *On Growth and Form* (Londres: Cambridge University Press, 1952), y K. E. Boulding, "Toward a General Theory of Growth", *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, Vol. 19, agosto, 1953, págs. 226-340.

<sup>5</sup> Los dos equilibrios son: el equilibrio estable y el equilibrio inestable, para los sistemas inmóviles y los sistemas móviles y vivientes, respectivamente. Un buen equilibrio se caracteriza por su naturaleza autorreguladora. En un sistema inmóvil, esto significa que un equilibrio es tanto mejor cuanto mayor es y menos numerosos sean sus elementos. Por otra parte, un buen equilibrio inestable es tanto mejor cuanto más numerosas y menores en tamaño sean las unidades del sistema. Las colisiones resultantes del libre movimiento de las partes no son capaces, en tal caso, de alterar el sistema en su conjunto. Un sistema viviente, dinámico, y de competencia como el capitalismo puede, por consiguiente, funcionar eficazmente sólo mientras sus unidades sean a la vez numerosas y pequeñas.

otra parte, algunos ingenieros y sociólogos quizá se sorprendan de hallar que el concepto de entropía es aplicable tanto a la termodinámica como al análisis estadístico del comportamiento de grupos. Se necesitan hombres de una cultura muy amplia para descubrir ocultas correlaciones y preparar un curso de tal suerte que puedan utilizarlas como recursos para la integración."<sup>6</sup>

Parece, pues, que en distintos campos existe una urgencia de volver a la especulación filosófica. Sin embargo, no es una perspectiva nueva del conocimiento y la verdad; se hace uso de ella desde tiempo inmemorial. En verdad constituye la dirección más fecunda de la investigación humana. Las mayores contribuciones al progreso del hombre provienen de su esfuerzo para *volver* a las causas comunes a todos los efectos. La búsqueda que Aristóteles emprendió por la unidad primaria de todas las cosas le permitió establecer las categorías más firmes en las ciencias que cayeron bajo su mirada escudriñadora. Goethe en sus indagaciones filosóficas creó una nueva disciplina, la morfología, dedicada al estudio de las semejanzas entre las formas y las funciones vitales. Las especulaciones de Leonardo da Vinci le llevaron a su dramático hallazgo de la ley unificadora del movimiento ondulatorio, ya sea de las ondas del agua, del trigo en un campo animado por una brisa otoñal, del sonido, o de la luz. Miguel Ángel atribuía su pericia como arquitecto al hecho de que sabía dibujar desnudos, "pues la estructura del cuerpo humano y de los edificios es semejante". Spencer dedicó toda su vida al descubrimiento de un principio fundamental de la evolución común a la astronomía, la biología y la sociedad. Y Confucio, al término de una vida de provechosa contemplación, le dijo a un discípulo que lo admiraba por su vasta sabiduría: "Sólo sé una cosa, pero ésta todo lo penetra".

El elemento común a estos iniciadores del conocimiento humano es la perspectiva de que se valieron para sus investigaciones. Todos ellos fueron investigadores *meta-científicos*. Aventurándose más allá de los límites de sus propias disciplinas originales en su búsqueda por las causas primeras y leyes fundamentales, fecundaron las ciencias y artes de las que eran maestros juntamente con las que exploraron. ¿Acaso parece temerario sugerir que un enfoque tan fructuoso en otras épocas puede serlo también en la nuestra? ¿Es herejía creer que lo que tan útil ha sido para el físico, también pueda servir para la enmohecida ciencia de la economía?

---

<sup>6</sup> *What is Life* (Londres: Cambridge University Press, 1951).

## META-ECONOMICS

LEOPOLD KOHR

(*Abstract*)

Meta-Economics suggests a new approach to the study of economics. Having run the gauntlet from political to mathematical, statistical, and pictorial economy, the science seems to have exhausted the available media of expression. Moreover, the further it has advanced the more it seems to have removed itself from the possibility of comprehensive presentation. To convey once more a complete picture, it is suggested that economics return to the source from which it came—philosophy, integrating the subject not with itself but with its philosophic hinterland.

A trend to this effect is indicated by the renewed attention paid by scholars to elementary concepts, and their analysis of these concepts not so much on an elementary as an advanced level. But this seems not enough. For concepts may be elementary in economics, and yet be themselves nothing but derivations of more fundamental laws. As a result, deeper understanding of economic concepts can only be gained if we go *beyond* economics—hence the term *Meta-Economics*—into the realm where its laws link up with those of physics, chemistry, or biology. In this manner it will not only be possible for the economist to discern the basic unity underlying all disciplines but he will also be able to return into his own field with principles which were previously hidden, but whose existence in economics may now be revealed as a result of analogous laws in other areas.

Though no university seems as yet ready to offer Meta-Economics either as a special subject or as a special approach, the more the field is disintegrated under the impact of 20th Century specialization, the more imperative it becomes as a general approach. This is particularly so because, as in other areas of scientific endeavor, the greatest advances at all times have also been accomplished by those whose search for likenesses transcending all differences has led them beyond the limiting confines of their original subjects.

Thus, men such as Aristotle, Leonardo da Vinci, Kepler, Goethe or Einstein, made their tremendous contributions to scientific advance as a result of their conviction that the laws governing different dis-

ciplines were fundamentally nothing but variations of a single theme, and that recognition of the universal law would automatically reveal the nature of all special laws. But even in economics, the greatest contributions have come not so much from economists laboriously accumulating evidence or translating it into mathematics, as from speculative philosophers whose creative intuition was stimulated by their interdisciplinary knowledge and led to those famous hunches and guesses which were destined to transform their field. Meta-Economics proposes to resurrect this approach in a time when conventional economics seems to have come to the end of the line.